

los días, si así le place, y por mí nunca vendrá lo bastante, pues todos ustedes tendrán una gran satisfacción al verle.

—Lo que dices está bien—agregó la señora Brandón.—Susana y Oliverio tienen razón, y Harry deberá buscar hoy mismo un alojamiento para Jim, á fin de que al llegar sepa dónde debe ir. Creo que en el barrio de los Campos Eliseos se encontrará fácilmente un cuartito amueblado. El precio importa poco. Naturalmente, la casa Brandón y Compañía se encarga de todos los gastos..... Hijo mío, espero que Jim no encontrará nada en falta.....

—Tranquilícese; desde el momento en que todo el mundo está de acuerdo, no he de ser yo quien haga oposición. Me alegro ver otra vez á Jim, que es todo un buen chico, y que, además, nos dará noticias recientes de nuestro padre.

El almuerzo terminó. Como de costumbre, Derstal se retiró á su gabinete para leer los periódicos y fumar. Buscó el número de *El Teatro* que había salido aquel día, y que aún no había podido hojear, pues Susana se había apoderado de él para ver los trajes que lucían las actrices en la obra estrenada últimamente en el Vaudeville. No lo encontró, y pensando que su mujer se lo había llevado á sus habitaciones, cruzó el salón, el cuarto de dormir y se disponía á entrar en el cuarto tocador, cuando oyó ruido de voces. Eran Susana y Harry que estaban hablando; y como oyese que

su nombre se mezclaba en la conversación, se detuvo instintivamente y escuchó.

—Si crees que no me fijo en tu intención—decía Susana,—te engañas, pues veo claramente que no te propones más fin que el de irritar á Oliverio; pero sábelo de una vez: me hiera mucho más á mí que á él, pues él no se entera de nada, y todas tus maldades se pierden sin resultado.

—Si se pierden sin resultado, ¿por qué te quejas?

—Me quejo de que hayas pensado cometerlas. Esto es inicuo y tonto.

—Nunca podrás conseguir que quiera á Derstal. Le detesto.

—¿Qué te ha hecho?

—Es tu marido.

—¡Vaya un crimen!

—Sí lo es. Nos ha engañado. Nosotros creímos introducir en la familia un gran artista, una figura de primera magnitud. ¿Y qué es? Un infeliz, incapaz de recobrarle, y que se deja engordar en la languidez de una vida de lujo y de pereza. En una palabra: un audaz que consiguió triunfar una vez y que se extingue. El gran hombre no es más que un vencido.

—Tú sabes perfectamente que esto es falso—replicó Susana encolerizándose.—Te demostró lo contrario con la partitura de *Atala*.....

—¡Oh! ¡Siempre lo mismo! Me estarán martirizando con esta obra hasta que estrene otra

en la que no haya dejado meter mano á nadie para hacer unas correcciones que destruyan toda la personalidad de mi música. Es un martirio..... Y antes era una obra original. Eso es lo que no perdonaré nunca á tu marido. ¿Lo oyes, Susana? Nunca. Estropeó mi partitura. Es preciso oír á Fromageot á propósito de esto. Todavía está indignado. Él conoció los primeros originales y había podido saborear su extraordinaria originalidad. Sí, ni un momento ha dejado de decirme desde la noche del estreno: «Derstal ha extendido un velo gris sobre sus armonías y ha cortado todo su atrevimiento. Con él ha tenido usted un éxito; sin él habría sido un triunfo.» Pues bien, lo tendré, Susana, lo tendré. Estoy trabajando ya, y así aprenderás á juzgarme mejor, porque estás completamente bajo la influencia de Derstal.

—Harry, con todo mi corazón te deseo un éxito que sólo sea debido á tus méritos; pero entretanto, el de *Atala*, que en tan buena situación te ha colocado, se lo debes á Oliverio, nada más que á Oliverio. ¿Has hecho venir á Jim Stewardt para recompensarle?

—Me parece que pierdes el juicio, querida. ¿Yo haber hecho venir á Jim? ¿De dónde sacas eso?

—No lo sé; pero tengo la completa seguridad de que así es, pues Jim no debía separarse de nuestro padre. De pronto anuncia su llegada, y yo creo que este viaje se debe á ti. ¿Qué te propones con su presencia aquí?

—El placer de verle.

—Has manifestado una alegría demasiado grande para que sea causada únicamente por la satisfacción de ver de nuevo á un pariente..... En todo esto adivino alguna perfidia.

—Fantaseas de lo lindo, Susana. No hay nada de eso. Ya lo verás. No temas nada por tu trovador; puede dormir tranquilo, pues es lo que mejor hace.

Temblando de ira, Derstal vaciló, pensando si debía entrar en el cuarto tocador para arreglar de una vez y terminar la sorda querella entablada entre su cuñado y él. Retrocedió ante la dolorosa brutalidad de una explicación, en la que se lastimarian todas las delicadezas. Andando lentamente volvió á su cuarto, y, sentándose con tristeza, se abstraía en reflexiones. ¡A qué extremo había llegado!..... Ya no podía hacerse ninguna ilusión. La verdadera situación acababa de ser expuesta por Harry ante Susana y ante él mismo con crueldad extraordinaria. Para la familia Brandón, y tal vez también para Susana, por mas que ella lo negase, no era más que un valor negativo.

Se había esperado mucho de él; pero habían experimentado una decepción. Para aquellos prácticos americanos el compositor faltaba á su destino, que no debía ser otro que rodearles continuamente con el resplandor de la gloria. Le habían tomado por un reflector. Y lo mismo que de los pozos de California sale mineral bastante para

alumbrar al mundo, á él le era preciso producir constantemente y pagar á sus accionistas con dividendos de éxito, de alabanzas y de reclamos. En vez de la desvanecedora claridad con que ellos habían soñado, sólo encontraban una apacible penumbra. La especulación había fallado. El artista que debía amontonar obra maestra sobre obra maestra, no manifestaba el menor deseo de asombrar á sus contemporáneos con los rayos de su genio. El águila que se remontaba hasta el cielo, se convertía tranquilamente en un polluelo.

Derstal sonrió con desdén. Sabía perfectamente que la fuente de sus ideas no se había agotado, y que su imaginación estaba viva aún. Arrastraba una existencia completamente contraria á sus gustos y á su temperamento, y esa era la causa de todo el mal. Había tratado de hacérselo comprender á Susana, pero la joven tenía aficiones opuestas; y la incompatibilidad completa que existía entre su modo de comprender la existencia, y la que habría sido indispensable á Derstal para poder producir, se habían manifestado brutalmente. En aquellos momentos tan graves para él y para su mujer, se daba exacta cuenta del grandísimo error que los dos habían cometido.

La vida frívola, tumultuosa y esencialmente superficial que observaba Susana era mortal para un cerebro; y Derstal, que tenía necesidad de silencio, de reposo y de concentración para desenvolver sus ideas, sabía que horrorizaría á su

mujer con sólo proponerle que renunciase á aquella agitación para aceptar la inmovilidad. ¿Le quería lo bastante para hacer semejante sacrificio? Y dado caso que ella estuviese dispuesta á hacerlo, ¿permitiría su familia que lo pusiese en ejecución? La hostilidad de Harry era sistemática. Era seguro que los Brandón, ante la pretensión de privar á Susana de todos los placeres á que su inmensa fortuna le daba derecho, iban á revolucionarse, y á Derstal había de serle imposible resistir el asalto de aquellas gentes que habían llegado á figurarse que un hombre bien dotado podía producir partituras del mismo modo que un Brandón repartía sin descanso los productos de sus fábricas.

No podía darse situación más crítica que la de Derstal. En medio de aquella familia no era más que un extraño, en el sentido más amplio de la palabra, pues ni física ni intelectualmente tenía ninguna relación de especie con los padres de su mujer. El refinamiento de su cerebro, aun para el mismo Harry que no era más que un primitivo corrompido, ni siquiera era sospechado. Su gran cultura artística servía únicamente para establecer entre él y las personas con quien vivía una barrera infranqueable. A fuer de justos, debe decirse que aquellas gentes no podían comprenderle: ni hablaban el mismo idioma que él, ni sus pensamientos podían ser más distintos. Todo contribuía á separarlos, y nada para acortar distancias. Tan

sólo el sincero afecto que Susana le profesaba era lo que creaba un punto de contacto, y esto era lo único que en su favor contaba el artista. ¿Podía confiar lo bastante en Susana para servirse de ella como punto de apoyo y defenderse? Á juzgar por la conversación que acababa de oír, su mujer parecía dispuesta hasta á los más grandes sacrificios. Pero, ¿en qué quedaría convertida aquella abnegación el día en que fuese preciso imponerla el abandono y renuncia de sus diversiones habituales? Derstal no quiso continuar su doloroso examen; cogió el sombrero y se fué á la calle. Primero vagó por los Campos Elíseos, y luego se internó por las calles. Por la calle de Rívoli llegó hasta la plaza del Palais-Royal, y cuando iba á entrar en la calle de Richelieu se encontró de manos á boca con Pinchart. El honrado joven cogió á Derstal por el brazo, sintiendo renacer en él todo el fuego de su antigua amistad.

— ¡Derstal! ¡Qué suerte la mía al encontrarte! ¿Qué es de tu vida? No se te ve por ninguna parte.

— Porque tú no vas á los sitios que yo frecuento, mi querido amigo — dijo Derstal vivamente; y añadió: — Afortunadamente para ti.

— Que me lleve el diablo si alguien puede conseguir que vaya á sitios en los que no me gusta estar..... Pero de tu vida ordinaria se cuentan cosas fabulosas: parece ser que te has convertido en un nabab, y que vives rodeado de esclavos, como en los cuentos de las *Mil y una noches*.

— Efectivamente, Pinchart, todo eso son cuentos. Ya me ves; voy á pie, como un pacífico burgués, y no en carroza dorada tirada por blancos caballos. Pero dejemos esto. ¿Dónde vas tan de prisa?

— Queridísimo amigo, tengo que creer que hoy ha sido el cielo quien te ha puesto en mi camino. Voy al *Châtelet*, en donde Colonne ejecutará mi sinfonía, tú sabes, *Ariana*..... Por excepción, se ensaya de día, con orquesta, coros y los solistas, y si tú quieres prestarme un gran servicio, me acompañarás..... Tengo un miedo horrible..... Tú me infundirás valor, y si la obra no te disgusta empezaré á tener esperanzas..... Sin contar con que si consideras que deben hacerse correcciones ó cortes me los indicarás. ¡Tengo tanta confianza en ti! De modo que, ¿vienes conmigo? Cuando los señores de la orquesta te vean entrar con el autor, se sentirán más indulgentes. Tu gloria patrocinará mi obscuridad. ¡Ah, querido Derstal, qué suerte, Dios mío, qué suerte al haberte encontrado!

— Pero ¿por qué no me has escrito diciéndome que asistiese á los ensayos? — preguntó el compositor, reanimado con la calurosa y entusiasta expansión de su amigo.

— Porque temía pecar de indiscreto. Me decía: dado su género de vida, debe tener muchas cosas que hacer. ¿Podrá disponer de dos horas para ir á oír la música de un principiante? Porque yo soy completamente un desconocido para el público,

Derstal. No he trabajado más que para editores, que no han podido vender mi música.

—Bueno, Pinchart; yo me ocuparé de ti, está tranquilo. Lo mereces, porque tienes mucho talento.

—Antes que prodigarme elogios, espera á haberme oído

—¿Tú estás contento?

—Yo qué sé. Ni siquiera sé ya lo que es mi obra. Los trozos que antes me parecían mejores, se me antojan ahora los más malos, y los que antes me parecían de escaso valer y compuestos con el único objeto de rellenar, me hacen un efecto extraordinario. En una palabra, que tengo una indigestión de mi música. Pero tú pondrás ahora los puntos sobre las íes, y me explicarás este asunto. Me acompañarás, ¿verdad?

—¡No faltaba más!

Pinchart se apoyó alegremente en el brazo del compositor. Su rostro resplandecía de gozo, y hablando animadamente llegaron hasta la calle de Lavandières, en donde tienen la entrada los artistas del *Châtelet*. Subieron al primer piso, cruzaron los pasillos, el vasto escenario, y llegaron á la sala. La entrada de Derstal produjo el efecto previsto por Pinchart. El célebre director de orquesta, que después de Padelup ha sido quien más ha contribuido á que la música se extendiese y llegase á todo el pueblo de París, abandonó su sillón y se dirigió al encuentro de los dos músicos.

—Ha traído usted al señor Derstal; ha sido una excelente idea. Haremos que al marcharse nos deje un poco de música suya, pues no debe olvidar que fué en esta casa donde empezó.

—¡Qué he de haber olvidado! ¡Vaya un escándalo! Me silbaron de lo lindo.

—Como á todos los innovadores. Usted no seguía por los caminos trillados, y con esto sólo había motivo suficiente.....; pero la educación musical del público va perfeccionándose. Ahora ya saben escuchar; es un gran paso. Pero no nos entretengamos charlando; ni á los señores de la orquesta ni á los de los coros les gusta perder tiempo..... Empecemos.....

Derstal y Pinchart se sentaron y reinó un profundo silencio. Se oyeron los golpecitos dados con la batuta, y empezó el preludeo con su amplitud, con las estridentes armonías que expresaban los furios de Minotauro, y luego el largo canto de Theseo, heroico y divino. Derstal, apoyando los codos en la butaca que tenía delante, y sosteniéndose la frente con las manos, escuchaba con la más grande atención. Era una obra sólida, pensada por un poeta y escrita por un músico muy personal, que se imponía desde las primeras frases. Después el desenvolvimiento del drama se apoderaba de la imaginación; las hermosas declamaciones, amplias y nobles, que recordaban el estilo de Gluck, daban la característica de los personajes, marcaban la acción, y la primera parte

acababa con un magnífico crescendo instrumental. Inquieto al ver que Derstal no se movía, el compositor llegó hasta á olvidarse de su música. La ejecución había sido perfecta, y no había habido ni el más ligero tropiezo. Los solistas, el brillante tenor Campistrón, que cantaba la parte de Theseo, y la cantante Dervy, que prestaba á la de Ariana el encanto de su hermosa voz de *mezzo-soprano*, todavía en su mayor esplendor, habían interpretado maravillosamente sus papeles. Los coros habían flojeado algunos momentos, pero el director de orquesta, con su pericia acostumbrada, hacía las observaciones necesarias. Derstal levantó la cabeza, y fijó en Pinchart una fría mirada, en la que no se leía ni la satisfacción ni el descontento; después dijo en tono dogmático:

—Al instrumentar has huído de las fórmulas wagnerianas, y has hecho muy bien. En lugar de fundir todos los sonidos en un solo ligado armónico, has agrupado tus instrumentos, sacando un gran partido de ellos al hacer que se contestasen. En los tiempos actuales es una osadía muy grande, y te arriesgas á que te motejen de retrógrado: pero en realidad eres original, y los verdaderos músicos no podrán negarse á reconocértelo.

—¿Pero el efecto general—preguntó Pinchart, temblando de inquietud,—aparte de la técnica? ¿Crees que lo que acabas de oír es interesante?

—Campistrón ha cantado muy bien — contestó Derstal,— y la señorita Dervy es encantadora. Su

voz está del todo formada; da unas notas medias admirables. El año pasado tenía un hueco entre los dos registros. Está bien—se decidió á decir Derstal, haciendo un esfuerzo;—pero quiero oír la segunda parte antes de dar mi opinión. Veo perfectamente que lo oído no es más que una entrada en materia..... Esperemos el desenvolvimiento..... ¿La primera parte es la llegada de Theseo á Creta?

—Ahora empieza la acción en el Laberinto..... En suma, es un poema en tres partes que podría representarse en tres actos. Al imaginarlo, pensaba en el teatro; pero ¿quién se habría atrevido á estrenarlo? Atiende..... En la segunda parte tenía fundadas mis más risueñas esperanzas.....

El pobre muchacho, descorazonado con la frialdad de Derstal, pasaba alternativamente de la confianza al temor. Consternado, vió que su amigo adoptaba la misma posición que antes, y que se quedaba como dormido. En su interior se dijo: «Es tan bondadoso, que no se atreve á hablarme con claridad; pero en su fuero interno cree que esto es muy malo. ¡Dios mío! ¿Caminaré hacia una lamentable derrota? ¿Me habré equivocado hasta ese extremo? El mismo Colonne encontraba interesante el poema..... No, no es posible.»

La hermosa frase, vaporosa y melancólica del corno inglés, acompañando la marcha de Ariana y Theseo en busca del monstruo, resonó en el silencio, y las voces de los dos cantantes se unieron

en el dúo de amor que precede al combate, en el que resuenan potentes los juramentos de la hija de Minos y las voces de los héroes. En la fría obscuridad de la sala la melodía se desarrolló tan pura y apasionada, que Pinchart se estremeció de emoción. Al mismo tiempo oyó un profundo suspiro, y vió que la espalda de Derstal temblaba como sacudida por una risa nerviosa. Con inquietud, el músico apoyó una mano en el hombro de su amigo. Derstal se incorporó, y Pinchart pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa?—le preguntó desconcertado.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo Derstal con voz ahogada.

Estrechando la mano del compositor, le hizo señas para que le dejase escuchar. Sombrío y como si asistiese á un desastre, Derstal permaneció con la cabeza levantada hasta que terminó la segunda parte, y ni hizo un movimiento ni pronunció una sola palabra; pero cuando expiró la última nota, con movimiento irresistible y espontáneo, Derstal se arrojó en brazos de su amigo y le estrechó contra su pecho. Luego, reponiéndose y casi avergonzado de su entusiasmo, le dijo:

—Ven; salgamos.

Y se llevó á Pinchart á un corredor en el que no había nadie.

—Dime, ¿está bien?—preguntó Pinchart palpitante.

—Oyendo tu música he sufrido horriblemente—

dijo Derstal con energía.—Sí; durante la primera parte, la envidia me ha torturado, ¿entiendes? No quería confesarte mi impresión, y me he defendido, he resistido. La vergüenza me hace enrojecer, y te lo confieso para que te des cuenta exacta de tu triunfo. Sí; deseaba que la segunda parte fuese mala, y es admirable. Entonces he sentido vergüenza de mi egoísta bajeza y he sufrido tanto, Pinchart, que he llegado á llorar. Tú no puedes comprenderme: para excusarme sería preciso que te contase toda mi vida. Sabe que soy horriblemente desgraciado, y tanto más, cuanto que mi cerebro es el que sufre. Sí; he llegado al extremo de envidiar á mis compañeros que trabajan y luchan; yo, á quien la gente cita como un ejemplo raro de buen éxito; yo, el gran triunfador, el nabab, como tú me llamabas hace poco cuando veíamos. ¡Ah, Pinchart, qué dichoso eres..... siendo joven, libre y trabajando!

—Pero, Derstal....., al mismo tiempo me procuras una gran alegría y un inmenso pesar. ¡Cómo! ¿Bajo las apariencias de la más extraordinaria felicidad se oculta semejante plaga moral? Querido amigo, creo que tu enfermedad puede curarse fácilmente. No tienes que hacer más que una cosa: querer, y todo se habrá conseguido.

—Sí, querer; pero es preciso tener el derecho de querer. Tú no puedes formarte una idea de mi angustia intelectual. En este momento trabajo; pero no conozco el valor de mi obra. No soy el

mismo que era. Es preciso que alguien, en quien tenga absoluta confianza, ilumine mi entendimiento. Tú me has traído hoy aquí, y yo te anuncio un éxito ruidoso y duradero. En otro tiempo preguntaban riendo si se podía llegar á ser ilustre con el nombre de Pinchart. Tu poema contestará victoriosamente; te hará un nombre grande, soberbio, poético y melodioso, porque evocará la belleza en el espíritu de los hombres; te pronostico el triunfo; pero, en cambio, ve á mi casa para oír lo que llevo hecho de mi nueva obra. Después que hayas dicho lo que de ella pienses, estaré tranquilo, pues tengo en ti una confianza absoluta, una fe ciega. Además, tú no has triunfado todavía, y no serás tan pérfido y cobarde como yo he sido para ti hace un momento. ¿Me prometes ir?

—Sí, iré tantas veces como quieras, mi querido Derstal; pero para adularme te acusas sin motivo. Tú no puedes envidiar nada de lo que yo hago, por la poderosa razón de que eres muy superior á mí.

—Desde hoy no hay quien te sea superior. Huye de las improvisaciones; vive pobre, pero vive independiente. El gran músico lo serás tú: por eso he llorado oyendo tu música.

Cogidos del brazo volvieron á la sala para oír la última parte de *Ariana*.

## IV

—¡Hola Jim, querido Jim!..... ¿Qué tal?

Con risas y exclamaciones la familia Brandón saludaba en el salón de su hotel la llegada del pariente esperado. Derstal estaba presente, y acogió con exquisita amabilidad al joven americano. Le pareció más alto, más fuerte y más moreno que á bordo del yate *Ariel*. La explicación de este cambio la dió el mismo Jim. Venía del Colorado, adonde había ido por cuenta de la casa Brandón á visitar las minas de las pampas, y había vivido al aire libre, bajo un sol ardoroso, siempre á caballo ó embarcado, y observando un régimen de vida de los más rudos.

—Al mismo tiempo que mis negocios—dijo,—he hecho un enorme destrozo de caza; y para usted, tía, y para Susana, si es que quiere aceptarlas, traigo unas preciosas pieles de panteras cazadas por mí. Traigo también la piel de un oso, con la que se podría cubrir la cuarta parte de este salón..... Será para el señor Derstal.....

—¿Una piel de oso?—dijo maliciosamente Harry.—Seguramente, Jim, no conoces el significado de lo que ofreces.....

El joven viajero enrojeció, y dijo con el mayor asombro: